

Manuel Antón
Una visita a Blasco Ibáñez
(*El Pueblo*, 25-10-1924)

El tren que nos conduce de Niza a Menton-Garavan, bordeando el Mediterráneo, entre las estribaciones de los Alpes y la bella costa, serpenteando por los acantilados y los valles, se detiene en la estación. Pensamos en la invitación del maestro, que encontramos el día anterior entre el ambiente cosmopolita de Montecarlo. «Vengan mañana a casa —nos dijo amable—; les espero a las diez.»

Su secretario, un brasileño simpático y sonriente llamado Dorote, de charla amena e interesante, nos sale al encuentro. La Villa Fontana Rosa se encuentra junto a la estación, desde donde se ve en grandes letras de mayólica el nombre en blanco sobre fondo azul. Nos cuenta el secretario, mientras pasamos al jardín, la vida del maestro, sus horas de trabajo, las dedicadas al paseo, su optimismo pocas veces interrumpido, la tranquilidad que goza en este bello rincón.

Por unos macizos nos sale al encuentro Blasco Ibáñez. Viste sencillo traje de dril y sombrero jipi, cuyas alas marcan en su rostro una ancha faja de sombra. Nos guía a visitar sus cinco pabellones, pidiéndonos perdón por si no habla nuestro dialecto. «Las largas ausencias de Valencia —nos dice— me han hecho olvidar algo nuestra habla, teniendo que hacer un gran esfuerzo mental para recordarla bien.»

La biblioteca es lo primero que visitamos. Estanterías abarrotadas de libros, libros por las mesas, en todas partes. Nos enseña las últimas traducciones de sus novelas al idioma japonés, con esa escritura rara y complicada, ejemplo de la paciencia asiática. En las paredes retratos de escritores y políticos famosos con expresivas dedicatorias; retratos de familia (vemos entre ellos el de Sigfrido, con su cara moruna y seria); vistas de países exóticos, banderas, pieles; estatuillas en confuso desorden y en abundancia, recuerdos de sus excursiones literarias, y como presidiendo el ambiente de trabajo que se respira, en el centro de la biblioteca la *Victoria de Samotracia* extiende sus alas como premio a la intensa labor del hombre-voluntad.

Nos lleva a otro pabellón en construcción, donde piensa instalar una máquina cinematográfica, para la aprobación de las películas que de sus novelas están confeccionando las grandes empresas productoras. Este pabellón, situado en lo más alto de la propiedad, abarca una vista panorámica bellísima. El maestro, con el brazo extendido, nos señala a la derecha, en primer término, Menton, con su puente sobre la playa, la lengua de tierra de Cap-Martín, descansando en el mar. En el fondo, la península de

Mónaco con el palacio real y el famoso museo-aquarium, junto a Montecarlo, con su pequeño puerto de juguete, donde se mecen suavemente los yates en las tranquilas y transparentes aguas de nuestro mar. A la izquierda, los rojos montes de la frontera italiana, con el hotel Rochers Rouges y su atrevido ascensor marcan el límite de Francia. Al frente, la inmensa lámina azul se deshace en la costa marcando el hilillo blanco de sus olas; como fondo a Garavan, la mole de los Alpes le resguarda de las tormentas y fuertes vientos invernales. Solamente el mistral suele visitar rara vez la Côte d'Azur.

Atravesamos otra parte del jardín, entre escombros y ladrillos, que terminan en un largo emparrado estilo valenciano con bancos de azulejos traídos de Valencia, de donde procede también la mayoría de los árboles frutales esparcidos por toda la villa, entre palmeras y plataneros.

En el centro del jardín se encuentra el pabellón principal con las habitaciones particulares en un extremo, el garaje amplio y a la salida principal un templete griego, de esbelta figura, casi terminado.

En la planta baja del citado pabellón tiene Blasco Ibáñez el salón recibidor. Varios cuadros, algunos de ellos de asuntos valencianos, llenan las paredes. Descuelga uno para que nos fijemos detenidamente. Es una marina, donde en primer término traza su esbelta silueta una espumeante ola. Es toda una obra de arte y paciencia, bordada en sedas y una realidad asombrosa, regalo del Gobierno japonés al insigne escritor en su reciente viaje alrededor del mundo, regalo que solo poseen dos escritores más. Nos invita el maestro con licores y pastas, sacando un vino que dice tiene en gran estima. Es vino dulce de Liria, que nunca le falta en casa.

El verbo fogoso no le abandona. Habla sin descanso, moviéndose por nuestro grupo como boya flotante. Sus manos juegan nerviosamente con el monóculo. Nos dice que en Fontana Rosa, antiguo nombre de la villa y que ha querido conservar, es el único sitio donde se crían plataneros junto a las frutas levantinas, de las reformas que piensa realizar en los diez mil metros cuadrados de su finca, del decorado encargado al artista Pertegás, de su abrumador trábalo, de la preparación del discurso que ha de pronunciar en la peregrinación literaria a Medán, donde nació el gran novelista Zola y su importancia en el mundo de las letras...

Al indicarle las bellezas del chalet, nos ataja: «No —nos dice—; no se llama así. Los valencianos tenemos la costumbre de llamar “chalet” a las casitas de recreo. En realidad, los “chalets” son las casas de campo en Suiza, como nuestras barracas, y tiene su origen esa costumbre, porque un médico valenciano construyó un verdadero “chalet”, ya desaparecido, en la bajada del puente del Mar, y desde entonces todos han llamado con este nombre a las fincas de recreo.»

— ¿Hace mucho tiempo que no ha visitado Italia? —preguntamos.

—Sí, mucho tiempo, y eso que, como ven ustedes, estoy a seis kilómetros de la frontera, teniendo pase para circular libremente sin necesidad del revisado del pasaporte, pero me causa mucha tristeza este país actualmente.

Nos firma en el libro de la Agrupación Instructiva Artesana, alabando nuestra organización, y nos despedimos del maestro complacidos de la visita, recordando los tiempos del luchador infatigable, recuerdos que seguramente no se han extinguido ni en su cabeza ni en su corazón.